

MADAME CAMPAN

Memorias de María Antonieta

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



MARÍA ANTONIETA CONTADA
POR SU MAYOR CONFIDENTE



Memorias de María Antonieta

Madame Campan

Memorias
de María Antonieta



Traducción de J. M. Lacruz,
Paloma López y Javier Ruiz Martín

Edición de François Barrière



Primera edición: abril de 2023

Título original: *Mémoires sur la vie privée de Marie-Antoinette, reine de France et de Navarre* (1822)

© de la traducción: J. M. Lacruz, Paloma López,
y Javier Ruiz, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: BM

ISBN: 978-84-12658-75-0
Depósito Legal: M-8966-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *María Antonieta*,
Louise Élisabeth Vigée-LeBrun, 1783

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Memorias de María Antonieta

I

Tení quince años cuando me nombraron lectora de las Damas. Primero explicaré cómo era la corte en aquella época.

María Leszczyńska acababa de morir; la muerte del delfín había precedido a la suya en tres años; los jesuitas habían sido destruidos, y la piedad ya no se hallaba en la corte más que en el interior de las damas; reinaba el duque de Choiseul.

El rey no pensaba en otra cosa más que en el placer de la caza; se hubiera creído que los cortesanos se entregaban a un epigrama cuando se les oía decir seriamente, los días en que Luis XV no cazaba: «El rey hoy no hace nada».

Los pequeños viajes también eran un asunto muy importante para el rey. El primer día del año marcaba en su almanaque los días de salida a Compiègne, a Fontainebleau, a Choisy, etc. Los grandes

asuntos, los acontecimientos más importantes nunca perturbaron esta distribución de su tiempo.

La etiqueta seguía existiendo en la corte con todas las formas que había heredado de Luis XIV; solo faltaba la dignidad. En cuanto a la alegría, ya no se hablaba de ella; en Versalles no se encontraba un lugar de reunión donde se pudiera ver desplegarse el espíritu y la gracia de los franceses. El hogar del ingenio y de la ilustración estaba en París.

Desde la muerte de la marquesa de Pompadour, el rey no tenía ninguna amante oficial; se contentaba con los placeres que le ofrecía su pequeño serrallo del parque de los Ciervos. La separación de Luis de Borbón del rey de Francia fue, como sabemos, el aspecto más emocionante de la existencia real del monarca.¹ Lo querían así; pensaban que era lo mejor. Esta era su forma de hablar cuando las operaciones de los ministros no tenían éxito. Al rey le gustaba ocuparse él mismo de la parte vergonzosa de sus gastos privados. Un día vendió una casa, en la que había alojado a una de sus amantes, a un primer comisario de guerra; el contrato se hizo en nombre de Luis de Borbón; el propio comprador llevó al rey, a su gabinete privado, una bolsa que contenía el precio de la casa en oro.

Luis XV veía muy poco a su familia; todas las mañanas bajaba por una escalera oculta al apartamento de madame Adelaide.² A menudo traía y

bebía café hecho por él mismo. Madame Adelaide tiraba de una campanilla para avisar a madame Victoria de la visita del rey; madame Victoria, al levantarse para ir a casa de su hermana, llamaba a madame Sofía, que a su vez llamaba a madame Luisa. Los apartamentos de las princesas eran muy grandes. Madame Luisa estaba alojada en el piso más alejado. Esta última hija del rey era contrahecha y muy bajita; para llegar a la reunión diaria, la pobre princesa corría a toda velocidad por un gran número de estancias, y, a pesar de su afán, a menudo solo tenía tiempo de besar a su padre, que ya partía a la caza.³

Todas las tardes, a las seis, las damas interrumpían la lectura que yo hacía para ellas para ir con los príncipes a casa de Luis XV: esta visita se llamaba el *debotté*⁴ del rey, e iba acompañada de una especie de etiqueta. Las princesas pasaban con un enorme canasto que sostenía una falda adornada con oro o bordados; se ataban una larga cola a la cintura y ocultaban la negligencia del resto de su indumentaria con un gran mantelete de tafetán negro que las envolvía hasta la barbilla. Los caballeros de honor, las damas, los pajes, los escuderos, los alguaciles, que portaban grandes antorchas, las acompañaban hasta la casa del rey. En un instante, todo el palacio, habitualmente solitario, se ponía en movimiento; el rey besaba a cada princesa en la frente, y la visita

era tan breve que la lectura interrumpida volvía a empezar a menudo al cabo de un cuarto de hora: las damas volvían a sus casas, desataban los cordones de sus faldas y colas, reanudaban sus tapices, y yo, mi libro...

Durante el verano, el rey venía a veces a casa de las princesas antes de la hora de su *déboté*: un día él me encontró sola en la habitación de madame Victoria, y me preguntó dónde estaba la *Cerdita*. Como sea que yo abría mucho los ojos, repitió su pregunta, pero sin que yo lograra entenderle. Cuando el rey hubo salido, pregunté a madame Victoria a quién se refería. Me dijo que se trataba de ella, y me explicó con gran compostura que, siendo la más gorda de sus hijas, el rey le había dado el amistoso nombre de *Cerdita*; que llamaba a madame Adelaide *Andrajo*, a madame Sofía *Corneja*, y a madame Luisa *Trapo*. Solo la picardía de los contrastes podía hacer que el rey hallara cierta alegría en el uso de palabras similares. La gente de su casa se había dado cuenta de que conocía muchas de esas palabras, y se pensaba que las había aprendido de sus amantes; quizá también se había entretenido buscándolas en los diccionarios. Si estas triviales maneras de hablar delataban los hábitos y gustos del rey, sus modales no se veían afectados en absoluto; su andar era natural y noble; alzaba la cabeza con gran dignidad; su mirada, sin ser severa, era imponente; combinaba

una actitud verdaderamente real con una gran cortesía, y saludaba con gracia a la más insignificante burguesa que la curiosidad atraía a su paso.

Era muy hábil cometiendo algunas pequeñas trivialidades, a las que solo se presta atención a falta de algo mejor; por ejemplo, era muy bueno rebajando la parte superior de la cáscara de un huevo con un solo golpe de la parte posterior de su tenedor: así que siempre comía algunos en su gran mesa, y los espectadores que acudían los domingos para presenciar esto, regresaban a sus hogares no tanto encantados con la hermosa figura del rey como con la habilidad con la que abría los huevos.

En la sociedad de Versalles se citan con placer algunas de las respuestas de Luis XV, que prueban la finura de su mente y la elevación de sus sentimientos. Se han incluido en colecciones de anécdotas y son de conocimiento general.

Este príncipe seguía siendo amado; se habría deseado que un modo de vida, adecuado a su edad y a su dignidad, hubiera venido por fin a echar un velo sobre los errores del pasado y a justificar el amor que los franceses habían tenido por su juventud. Era difícil condenarlo severamente. Si había establecido amantes en la corte, se culpaba a la excesiva devoción de la reina. Se reprochó a las damas que no intentaran prevenir del peligro de que el rey formara una sociedad íntima con alguna nueva

favorita. Se echaba de menos a madame Enriqueta, la hermana gemela de la duquesa de Parma;⁵ esta princesa había influido en el ánimo del rey; se decía que, de haber vivido, se habría ocupado de proporcionarle diversiones en el seno de su familia; que habría seguido al rey en sus pequeños viajes y habría hecho los honores de las pequeñas cenas que le gustaba dar en sus aposentos interiores.

Las damas habían descuidado demasiado los medios de agradar a su padre el rey, pero la causa de ello podía hallarse en el poco cuidado que este había prestado a la juventud de ellas.

Para consolar al pueblo por sus sufrimientos y cerrar los ojos a las verdaderas depredaciones del tesoro, los ministros imponían de vez en cuando las reformas más exageradas sobre la casa del rey, e incluso sobre los gastos personales.

El cardenal de Fleury, que, ciertamente, tuvo el mérito de restablecer las finanzas, impulsó este sistema de economía hasta el punto de obtener del rey la abolición de la casa y de la educación de las cuatro últimas princesas. Se habían criado, como simples internas, en un convento, a ochenta leguas de la corte. La casa de Saint-Cyr habría sido más adecuada para recibir a las hijas del rey; el cardenal probablemente compartía algunos de esos prejuicios que siempre van unidos a las instituciones más útiles y que, desde la muerte de Luis XIV, se habían

levantado contra el buen establecimiento de madame de Maintenon. Prefirió confiar la educación de las damas a monjas provinciales. Madame Luisa me contaba a menudo que a los doce años aún no había repasado todo el alfabeto, y que solo había aprendido a leer con fluidez desde su regreso a Versalles.

Madame Victoria atribuía los ataques de pánico, que nunca había podido superar, a los violentos sustos que experimentaba en la abadía de Fontevault, cada vez que la enviaban como penitencia a rezar sola en la bóveda donde estaban enterradas las monjas. Ninguna previsión saludable había preservado a estas princesas de las impresiones fatales que la madre menos educada sabe alejar de sus hijos.

Un jardinero de la abadía murió de un ataque de furia; su casa exterior estaba adyacente a una capilla de la abadía donde se llevaba a las princesas a recitar las oraciones de los moribundos. Los gritos del moribundo habían interrumpido estas oraciones más de una vez.

Los caprichos más ridículos se mezclaban con estas prácticas bárbaras. Madame Adelaida, la mayor de las princesas, era imperiosa y se dejaba llevar; las monjas no cesaban de ceder a sus ridículas fantasías. El maestro de baile, único profesor de natural talento que siguió a las damas a Fontevault, les enseñó una danza muy en boga en aquella época, llamada minué color de rosa. Madame quería que

se llamara el minué azul. El maestro se resistió a sus deseos, alegando que se reirían de él en la corte cuando madame Adelaida hablara de un minué azul. La princesa se negó a aceptar la lección, dio un pisotón y repitió azul, azul; rosa, rosa, dijo el maestro. La comunidad se reunió para decidir sobre este grave asunto; las monjas gritaron azul, como madame; se desbautizó el minué y la princesa bailó. Entre mujeres tan indignas de los deberes de maestras, hubo, sin embargo, una monja que, por su esclarecida ternura y por las claras pruebas que de esta dio a las damas, mereció su afecto y se ganó su gratitud: era la señora de Soulanges, a quien desde entonces han nombrado abadesa de Royal-Lieu.⁶ También se ocuparon de la promoción de los sobrinos de esta señora; los de la madre Mac-Carthy,⁷ que los había mimado cobardemente, llevaron durante mucho tiempo el mosquete de la guardia del rey a la puerta de las damas, sin que estas pensaran en la fortuna de ellos.

Cuando las damas, aún muy jóvenes, regresaron a la corte, gozaron de la amistad del delfín y aprovecharon sus consejos. Se entregaban con ardor al estudio y le dedicaban casi todo su tiempo; conseguían escribir correctamente en francés y conocer muy bien la Historia. Madame Adelaida, sobre todo, tenía un inmoderado deseo de aprender; aprendió a tocar todos los instrumentos musicales, desde la

trompa (¿acaso me creerán?) hasta la guimbarda. Italiano, inglés, matemáticas avanzadas, tornería, relojería, ocupaban sucesivamente el tiempo libre de estas princesas. Madame Adelaida había tenido una figura encantadora durante un tiempo; pero nunca la belleza desapareció tan rápidamente como en ella. Madame Victoria era hermosa y muy agradada; su acogimiento, su mirada, su sonrisa estaban perfectamente en consonancia con la bondad de su alma. Madame Sofía era de una fealdad poco común; nunca había visto a nadie tan asustado; caminaba con extrema rapidez, y, para reconocer, sin mirarlas, a las personas que se encontraban en su camino, había tomado la costumbre de mirar de reojo, como una liebre. Esta princesa era tan tímida que era posible verla todos los días, durante años, sin oírle decir una palabra. Se aseguraba, sin embargo, que mostraba ingenio e incluso amabilidad en compañía de algunas damas favoritas; se instruía mucho, pero leía sola; la presencia de un lector la habría avergonzado infinitamente. Había ocasiones, sin embargo, en que esta princesa, tan salvaje, se volvía de repente afable, graciosa y mostraba la más comunicativa amabilidad; era cuando había tormenta: le daba miedo, y tanto se asustaba que entonces se acercaba a las personas menos importantes; les hacía mil preguntas amables si veía un relámpago, les estrechaba la mano; por un trueno

los habría abrazado; pero, cuando volvía el buen tiempo, la princesa tornaba a su rigidez, su silencio, su aire feroz, y pasaba por delante de todos sin prestar atención a nadie, hasta que una nueva tormenta le devolvía el miedo y la afabilidad.

Las damas habían encontrado en un querido hermano, cuyas elevadas virtudes son conocidas por todos los franceses, una guía para todo lo que requería una educación demasiado descuidada en su infancia. Tuvieron en su augusta madre, María Leszczyńska, el más noble modelo de todas las virtudes piadosas y sociales; por sus eminentes cualidades, por su modesta dignidad, esta princesa ocultaba los agravios que demasiado a menudo, desgraciadamente, se permitía reprochar al rey; y, mientras vivió, conservó, en la corte de Luis XV, ese aspecto digno e imponente que es el único que asegura el respeto debido al poder. Las princesas, sus hijas, eran dignas de ella, y, si algunos seres viles intentaban lanzar contra ellas calumnias, eran inmediatamente repelidos por la elevada idea que se tenía de la altura de sus sentimientos y de la pureza de su conducta.

Si las damas no se hubieran impuesto un gran número de ocupaciones, habrían sido dignas de conmiseración. Les encantaba pasear, y solo podían disfrutar de los jardines públicos de Versalles. Les habría gustado cultivar flores, y únicamente podían tenerlas en sus ventanas.

La marquesa de Durfort, por entonces duquesa de Civrac,⁸ había proporcionado a madame Victoria las comodidades de la amable sociedad. La princesa pasaba casi todas las tardes en casa de esta señora, y terminaba creyendo estar con ella en familia.

Madame de Narbonne⁹ también se había apresurado a hacer agradable su íntima compañía a madame Adelaida.

Desde hacía varios años, madame Luisa vivía en un lugar muy apartado. Yo le leía durante cinco horas al día; a menudo mi voz se veía afectada por la fatiga de mi pecho; la princesa me preparaba un poco de agua dulce, la colocaba a mi lado y se excusaba por hacerme leer durante tanto tiempo, alegando que tenía que terminar un curso de lectura que se había prescrito a sí misma.

Una noche, mientras leía, alguien vino a decirle que monsieur Bertin, ministro de gastos ocasionales, pedía hablar con ella; se marchó a toda prisa, volvió, recuperó sus sedas, sus bordados, me hizo retomar el libro, y, cuando me retiré, me ordenó que estuviera en su gabinete al día siguiente a las once de la mañana. Cuando llegué, la princesa se había marchado; supe que por la mañana, a las siete, había ido al convento de las carmelitas de Saint-Denis, donde quería tomar el velo; fui a ver a madame Victoria. Allí me enteré de que solo el

rey conocía el plan de madame Luisa, que lo había mantenido fielmente en secreto y que, después de oponerse durante mucho tiempo a su deseo, no le había enviado su consentimiento hasta el día anterior; que ella había entrado sola en el convento, donde la esperaban; que pocos momentos después había vuelto a la puerta para mostrar a la princesa de Guistel,¹⁰ que la había acompañado, y a su escudero la orden del rey de dejarla en el convento.

Al conocer la noticia de la partida de su hermana, madame Adelaida se había enfadado violentamente; había reprochado muy duramente al rey el secreto que este había creído necesario guardar.

Madame Victoria perdía la compañía de la hermana que prefería; se contentaba con derramar lágrimas en silencio por su abandono. La primera vez que volví a ver a esta excelente princesa, me arrojé a sus pies, besé una de sus manos y le pregunté, con la confianza de la juventud, si nos abandonaría como había hecho madame Luisa... Me levantó, me besó y me dijo, mostrándome el sillón de muelles en el que estaba tumbada: «No te preocupes, hija mía, nunca tendré el valor que tuvo Luisa, soy demasiado aficionada a las comodidades de la vida; aquí tienes un sillón que me pierde». En cuanto obtuve el permiso, me dirigí a Saint-Denis para ver a mi augusta y santa señora; tuvo la amabilidad de recibirme a cara descubierta en su salón privado; me

dijo que acababa de salir del lavadero, que ella era la encargada de hacer la colada ese día. «Abusé demasiado de vuestros jóvenes pulmones, dos años antes de llevar a cabo mis planes —añadió—. Sabía que aquí solo podría leer libros para nuestra salvación, y quería releer a todos los historiadores que me habían interesado».

Me dijo que el rey le había dado permiso para ir a Saint-Denis mientras yo le leía; estaba justificadamente orgullosa de haber regresado a su estudio sin el menor signo de turbación, aunque estaba tan agitada, me dijo, que apenas podía llegar a su silla. Añadió que los moralistas tenían razón cuando decían que la felicidad no habita en los palacios; que ella estaba segura de ello; que, si yo quería ser feliz, me aconsejaba que viniera a disfrutar de un retiro donde la actividad de las ideas pudiera satisfacerse elevándose hacia un mundo mejor. No tenía que sacrificar a Dios un palacio y la grandeza de la tierra, sino el interior de una familia unida; y es ahí donde los moralistas que ella me citaba situaban con acierto la verdadera felicidad. Le respondí que en la vida privada la ausencia de una hija querida era demasiado cruel para su familia. La princesa no añadió nada a lo que me había dicho.¹¹

La vocación de madame Luisa se atribuyó a diversos motivos. Era injusto suponer que uno de ellos fuera el disgusto de ser, en cuanto a rango, la

última de las princesas. Creo que he desentrañado la verdadera causa.

Su alma era elevada, amaba las cosas grandes; a menudo interrumpía mi lectura para exclamar: «¡Esto es hermoso! ¡Esto es noble!». Solo podía hacer una sola cosa brillante: dejar un palacio por una celda, ropas ricas por una túnica clerical. Ella lo hizo.

Vi a madame Luisa dos o tres veces más al lado de su enrejado. Fue Luis XVI quien me informó de su muerte. «Mi tía Luisa —me dijo—, tu antigua señora, acaba de morir en Saint-Denis, vengo de recibir la noticia; su piedad, su resignación eran admirables, sin embargo, el delirio de mi buena tía le había recordado que era una princesa, pues sus últimas palabras fueron: “Al paraíso, rápido, rápido, a todo galope”. Sin duda seguía pensando que daba órdenes a su escudero».¹²

Madame Victoria, buena, gentil, afable, vivía con la más amable sencillez en una sociedad que la apreciaba: era adorada por su familia. Sin salir de Versalles, sin hacer el sacrificio de su dulce pastoreo, cumplía con exactitud los deberes de la religión, daba a los pobres todo lo que poseía, observaba rigurosamente los ayunos y la Cuaresma. Es cierto que a la mesa de las Damas se le reprochaba haber adquirido una reputación de ayuno que alejaba a los parásitos asiduos a la mesa de su mayordomo.

Madame Victoria no era insensible a la buena comida, pero tenía los más religiosos escrúpulos sobre los platos que podía comer en tiempos de penitencia. Un día la vi muy turbada por sus dudas sobre un ave acuática que le servían a menudo durante la Cuaresma. Tenía que decidir irrevocablemente si el ave era magra o gorda. Consultó a un obispo que estaba en su cena. El prelado adoptó inmediatamente el tono de voz positivo, la actitud sería de un juez de última instancia. Respondió a la princesa que se había decidido que, en caso de duda, después de cocinar el ave, debía pincharse en un plato de plata muy frío; si el jugo del animal se congelaba en un cuarto de hora, se consideraba que el animal era graso; si el jugo permanecía aceitoso, podía comerse en cualquier momento sin preocupación. Madame Victoria hizo inmediatamente la prueba, el jugo no se congeló; esto fue una alegría para la princesa, que era muy aficionada a este tipo de juegos. El ayuno que tanto ocupaba a madame Victoria la incomodaba, así que esperó impaciente a que fuera la medianoche del Sábado Santo; enseguida le sirvieron una buena carne de ave con arroz, y otros variados suculentos platos. Confesó con tan amable franqueza su gusto por la buena mesa y por las comodidades de la vida, que habría que ser tan severo en principio, como insensible a las excelentes cualidades de esta princesa para hacer de ello un crimen.

Madame Adelaida tenía más ingenio que madame Victoria, pero carecía por completo de esa amabilidad que solo hace amar a los grandes: sus modales bruscos, su voz áspera y su pronunciación corta la hacían más que imponente. Llevaba al extremo las prerrogativas del rango. Uno de sus capellanes tuvo la desgracia de decir *Dominus vobiscum* con demasiada ligereza, la princesa le apostrofó rudamente después de la misa para decirle que recordara que no era obispo y que no pensara más oficiar como prelado.

Las Damas vivían totalmente separadas del rey. Desde la muerte de madame de Pompadour, el rey vivía solo. Los enemigos del duque de Choiseul no sabían, pues, en qué salón ni por qué medios podían preparar y provocar la caída del hombre que les molestaba. El rey solo tenía relaciones con mujeres de clase tan baja que no podían ser utilizadas para una intriga de larga duración; además, el parque de los Ciervos era un serrallo cuyas bellezas se renovaban a menudo. Querían dar al rey una amante que pudiera tener un círculo y en cuyo salón pudieran triunfar por el poder de las insinuaciones diarias, sobre el antiguo apego del rey al duque de Choiseul. Es cierto que madame Du Barry fue elegida de una clase muy baja. Su origen, su educación, sus costumbres, todo entrañaba en ella un carácter vulgar y vergonzoso; pero la hicieron casarse con un

hombre de los años mil cuatrocientos, y así pensaron que podrían evitar el escándalo. Fue el vencedor de Mahón quien dirigió tan sucio complot.¹³ Esta amante había sido inteligentemente elegida para alegrar los últimos años de un hombre incómodo con la grandeza, aburrido de placeres, saciado de voluptuosidad. El espíritu, los talentos, las gracias de la marquesa de Pompadour, su belleza regular, e incluso su amor por el rey, ya no habrían tenido ninguna influencia sobre este ser agotado.

Necesitaba una Roxelane¹⁴ de alegría familiar, sin respeto por la dignidad del soberano. Madame Du Barry llegó al extremo de querer asistir un día al Consejo de Estado, y el rey fue lo bastante débil como para consentirlo; ella permaneció allí, ridículamente encaramada al brazo de su silla, e hizo todas las pequeñas payasadas infantiles que deben de agradar a los viejos sultanes.¹⁵

En otra ocasión le arrebató al rey un paquete entero de cartas, aún selladas, entre las que había reconocido una del conde de Broglie.¹⁶ Le dijo al rey que sabía que ese villano de Broglie hablaba mal de ella, y que al menos se aseguraría de que esta vez no leyera nada escrito por él. El rey quiso apoderarse del paquete, ella se resistió, le hizo dar dos o tres vueltas alrededor de la mesa, en medio de la sala del Consejo, y luego, pasando por delante de la chimenea, arrojó en ella las cartas, que se consumieron. El

rey montó en cólera, agarró a su audaz amante por el brazo y la echó sin dirigirle la palabra. Madame Du Barry pensó que había caído en desgracia. Se fue a casa y permaneció sola durante dos horas con gran ansiedad. El rey fue a buscarla; la condesa, llorando, se precipitó a sus pies, y él la perdonó.

La mujer del mariscal de Beauvau,¹⁷ la duquesa de Choiseul y la duquesa de Grammont¹⁸ habían renunciado al honor de la sociedad íntima del rey antes que coincidir con madame Du Barry. Pero pocos años después de la muerte de Luis XV, el mariscal, estando solo en el Val con mademoiselle de Dillon, vio el carruaje de la condesa refugiarse en el bosque de Saint-Germain, durante una violenta tormenta. Lo hizo pasar, y fue la condesa quien relató estos detalles, que yo sé por la mujer del mariscal de Beauvau.¹⁹

El conde Du Barry, apodado el Taimado, y mademoiselle Du Barry aconsejaban, o más bien manipulaban a madame Du Barry, según los planes del partido del mariscal de Richelieu y del duque de Aiguillon. A veces incluso la hacían actuar de forma útil para los grandes movimientos políticos. Con el pretexto de que el paje que acompañó a Carlos I²⁰ en la huida de este monarca era un Du Barry o un Barymore, hicieron comprar para la condesa Du Barry, en Londres, el hermoso retrato que hoy tenemos en el museo. Hizo colocar el cuadro en su salón, y, cuan-

do veía al rey inseguro ante la violenta medida que debía tomar para doblegar a su Parlamento y formar el llamado Parlamento de Maupeou,²¹ le decía que mirara el retrato de un rey que se había doblegado ante su Parlamento.

Los ambiciosos que trabajaban para derrocar al duque de Choiseul se vieron fortalecidos por su reunión en la casa de la favorita, y tuvieron éxito en su proyecto. Los devotos que no perdonaban a este ministro la destrucción de los jesuitas y que siempre se habían opuesto al tratado de alianza con Austria influían en la mente de las Damas. El duque de La Vauguyon, instructor del joven delfín, inspiraba las mismas prevenciones.

La primera vez que la joven archiduquesa María Antonieta llegó a la corte de Versalles fue cuando el partido que la había llevado hasta allí estaba a punto de ser derrocado.

Madame Adelaida confesó enérgicamente su desagrado ante una princesa de la casa de Austria; y cuando monsieur Campan recibía órdenes suyas, a punto de partir con la familia de la delfina, para ir a recibirla a las fronteras, le dijo que desaprobaba el matrimonio de su sobrino con una archiduquesa, y que, si tenía alguna orden que dar, no sería la de hacer venir a una austriaca.